

Número 67 · REPUBLICA DE COLOMBIA · Agosto 1.º: 1911

REVISTA  
DEL COLEGIO MAYOR  
DE  
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



*Nova et vetera*

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMXI

## CONTENIDO

José Joaquín Ortiz.....	R. M. CARRASQUILLA
Nuevo Doctor en Jurisprudencia.	
Monografías historiales.....	S. ACOSTA DE SAMPER
Ficciones y realidades .....	ANGEL MARÍA SAENZ
Fiestas de la patria.	
Le 14 Juillet.....	MARQUIS DE BROC
Galería de Hijos del Colegio.....	NICOLÁS GARCIA SAMUDIO
Luto nacional.	

## REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de Agosto de 1911

## José Joaquín Ortiz

En 1882 apareció en el *Papel Periódico Ilustrado* un estudio biográfico sobre D. José Joaquín Ortiz. El autor lo rehizo, después de la muerte del poeta, corrigiéndolo y ampliándolo considerablemente, y lo publicó en *La Revista Colombiana*, en 1895. Como aquella Revista ha desaparecido, y apenas quedará ejemplar como curiosidad bibliográfica, lo insertamos aquí, como homenaje á la egregia memoria de Ortiz.

## I

El recuerdo de don José Joaquín Ortiz está asociado en mi mente con las aromáticas memorias de la infancia. Mi buen padre, á quien ligaban con el señor Ortiz vínculos de familia, motivos de gratitud, mutua y nunca entibiada estimación, solía, á vueltas del paseo vespertino, entrar conmigo á la casita de alquiler en que moraba el poeta. Tengo todavía presente el estudio en que nos recibía: el piso esterado, los muros cubiertos de modesto papel de colgadura; en el centro amplia mesa cuadrada, de antigua hechura, cubierta, en vez de carpeta, de papeles agrupados en desorden al rededor de un tintero de cristal. En uno de los costados del aposento había una buena imagen al óleo de Jesús crucificado; en otra testera, un estante sin barnizar, con pocos libros escogidos: la Biblia y la Imitación de Cristo, el Quijote y otros volúmenes de clásicos españoles y algo de los buenos autores latinos é italianos. En el resto del cuarto un canapé y algunas sillas, una estampa de Pío IX y otra del Libertador Bolívar. En el ambiente, olor á alhucema y albahaca, y para unidad y vida del conjunto, la noble y cariñosa presencia del autor de la oda al Tequendama.

El buen retrato que acompaña á estas líneas reproduce fielmente el rostro del poeta: la frente ancha y despejada, coronada de cabellos enteramente canos y tenazmente peinados hacia atrás; los ojos chispeantes; el conjunto, mezcla de inteligencia y bondad. Pero lo que nadie puede imaginar, viendo la efigie del señor ORTIZ, es aquel trato sencillo y familiar que le era propio, y que vedaba adivinar en él al literato insigne, al temido batallador de la doctrina católica. Le vi, en más de una ocasión, escribir alguno de sus formidables artículos de polémica religiosa ó alguna de sus odas altísimas, rodeado de su familia, que estaba tratando de otra cosa; y levantar de cuándo en cuándo la cabeza, y responder con una chanza á las que introducían en la parla los que conversaban en torno suyo. De la vehemencia que distinguía sus artículos de periodista no se hallaban vestigios en su trato privado; y hablaba con estimación y cariño de los mismos á quienes acababa de combatir enérgicamente por la prensa.

Tal conocí al señor ORTIZ, en lo exterior. En su alma, la inteligencia fue creciendo y se enriqueció con el estudio y la propia labor; la voluntad se retempló con la lucha, con los dolores, con el servicio de Dios; el rostro se surcó de arrugas, los cabellos se platearon, pero el corazón se quedó como en los días de la infancia. Hombre, y grande hombre por el talento, la ciencia, el carácter, fue perpetuamente niño por el candor, por la bondad. Y por niño fue poeta, y levantadísimo poeta; campeón de Cristo, cuando las batallas de la fe se recompensaban con pobreza y desdenes; protector de los mozos que aspiraban á las alturas; alegría y regocijo de su bendito hogar; encanto de sus amigos y discípulos.

Conservó hasta la muerte delante de los ojos del alma aquel prisma que hace ver todos los objetos rodeados de irisados resplandores, y sin el cual habrá poetas de la duda y el desengaño, á lo Leopardi, pero no vates de la verdad y la inocencia. La infantil frescura del corazón fue para ORTIZ fuente de purísimos goces, aun entre las armaduras de la vida y las estrecheces de la pobreza; y fue también origen de muchos desengaños y dolores.

Tuvo la sencillez de la paloma que nos manda el Evangelio; pero de la astucia de la serpiente que el divino Código

prescribe, no supo sino la necesaria para conservar incontaminada su propia vida y para descubrir los senderos de los enemigos de su fe; pero le faltó el conocimiento de las flaquezas de los hombres. Esta ignorancia, que tanto contrasta con el atroz pesimismo contemporáneo, permitió á ORTIZ observar el mandamiento contenido en aquellas palabras de Cristo: *Si no os hicieris como niños, no entraréis al reino de los cielos* (1).

## II

Nació el señor don JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ el 10 de Julio de 1814, en Tunja,

La antigua y noble villa  
Patria del Zaque y tumba de Rondón,

y fueron sus padres el doctor don Joaquín Ortiz Nagle, abogado distinguido y prócer de nuestra independencia, y la señora doña Isabel Rojas.

La historia y la crítica modernas acostumbran investigar con esmero la familia, patria, temperamento, primera educación y medio ambiente juvenil del hombre á quien estudian, y tienen razón; porque si es inadmisibles la teoría determinista que atribuye á tales circunstancias influjo fatal y necesario en la vida humana, no puede negarse que contribuyan, dirigidas por el libre albedrío, al carácter y á la carrera de un hombre. Sólo que tales causas unas veces obran directamente, haciendo al niño semejante á lo que le rodea; y otras, por contraste, inclinandolo á buscar lo que le falta en derredor suyo.

Para hablar de poetas, el que desee vívidas descripciones de cielo sin nubes, de soles abrasadores, de campos en flor, de bosquecillos de naranjos y palmeras, de ciudades entre góticas y moriscas, no los busque entre los clásicos españoles, que de tanto ver semejante espectáculo lo juzgaron indigno de cantarse;

(1) La biografía más completa que existe de ORTIZ fue la que publicó en la *Defensa Católica* de Bogotá el señor don Antonio Rubió y Lluch, tan amigo de nuestras glorias, tan celoso de darlas á conocer. Fue para mí muy lisonjero que el brillante estudio de Rubió coincidiera exactamente en datos, en juicios y aun en expresiones literales con el mío modestísimo, publicado cuatro años antes.

sino lea, para hallar lo que quiere, los poetas ingleses; los que escribieron entre las brumas del norte, al calor del hogar, á la luz de lamparilla opaca, oyendo la nieve que golpeaba los cristales del aposento.

Para quien conozca á Tunja, nada tan fácil como representarse la ciudad á los albores del siglo. Asentada en una quiebra de los Andes, á cerca de tres mil metros sobre el mar, la rodean yertos y extensos páramos de donde corre sutil y cortadora brisa. Las tierras aledanas, desnudas de vegetación y formadas de arena rojiza de consistencia desigual, se han ido dejando lamer á trechos por las lluvias de la cordillera; y las partes más duras del suelo han venido á formar apariencias de ruinas, pirámides inversas que de milagro se tienen sobre su frágil asiento, almenadas torres, leones y elefantes mutilados. En medio la ciudad, con sus calles empedradas toscamente y orladas de caserones de piedra con fachadas altísimas que coronan los escudos heráldicos de las familias viejas en el país.

Así la cantó el señor ORTIZ:

Con su aire puro y su brillante cielo,  
Sus altas torres que ilumina el sol.

A su sagrado suelo no dan sombra  
La palma, el limonero y el jazmín;  
Ni se escucha la voz de los torrentes  
Que ronca vaya al último confín.

Pero allí viven los recuerdos de la conquista, en la raza indígena, conservadora, más que en el resto de la nación, de mucho de su carácter y hábitos de antaño; en las construcciones de los primeros colonos, mantenidas intactas al través de tres siglos (1).

En Tunja vivió y escribió Juan de Castellanos, el cronista rimado del Nuevo Reino; se guarda la celda de la madre Castillo, príncipe de los escritores coloniales; se admiran, en las iglesias, obras de arte—pintura, escultura y relieve,—superiores á lo que tenemos en la capital de la República; y vecino á Tunja está el campo de batalla de Boyacá, cuna de la nación colombiana.

(1) Tunja se ha modernizado en parte, á poder del adelanto contemporáneo. No sé si felicitarla ó darle el pésame.

El doctor Ortiz Nagle, que había escapado del patíbulo en que perecieron tantos de sus compañeros en la defensa de la causa americana, fue condenado al presidio de Puerto Cabello, donde permaneció cinco años. Su hacienda del Salitre de Paipa fue confiscada por los pacificadores; y su esposa y sus hijos quedaron en la miseria, en un país ocupado por los enemigos y teatro de los horrores de la guerra. Vivían de lo poquísimos que producía el trabajo de la señora, y con los auxilios que la Providencia les enviaba por medio de un criado de la familia, negro de raza y llamado Benedicto Nieves. Este heroico sirviente trabajaba sin cesar para ayudarle á la señora y á los niños, todavía pequeñitos (1).

Hé aquí cómo hablaba el Sr. Ortiz de aquel servidor de su familia:

Benedicto Nieves había nacido en Maracay, en Venezuela. Este segundo nombre de Nieves no era apellido, era el sobrenombre piadoso que le ponen á un niño en la pila bautismal, consagrándolo al servicio de Nuestra Señora. Benedicto Nieves era negro fino y había sido esclavo: la revolución rompió las cadenas de su servidumbre, que nunca debieron pesar sobre su noble corazón. Era joven, negro como el azabache, robusto como los de su raza, aguerrido en las campañas de 1812 á 1824, sano de corazón y devotísimo de la Virgen María.

Dedicado á su trabajo y á sus cortas agencias, llevaba á mi madre cuanto ganaba, lo que nos servía para tomar una pobre sopa, y para cubrirnos con unos más pobres vestidos. Nos puso en la escuela del pueblo, y á mañana y tarde nos conducía á ella; habiendo notificado con acento marcial al maestro, que era por cierto severo en sus castigos, que á los hijos del Doctor no les fuera á tocar un cabello.

Ir á la escuela, correr á caballo en pelo, sin sombrero ni calzado, coger mortijos y esmeraldas en el monte, bañarnos en la quebrada y armar camorra con nuestros camaradas y condiscípulos, eran nuestras diarias ocupaciones. Si á esto se agrega la asistencia á la iglesia cuando repicaban recio, el rosario por la noche, el Santo Dios cantado bajo el alar pajizo de nuestra casita, buen sueño, muchas hambres, é independencia en medio de las mayores privaciones, se habrá completado el cuadro de la vida que llevaban los huérfanos.

(1) Hermano de don José Joaquín era don Juan Francisco, también cultivador de las letras, en el género de costumbres. Sus artículos no carecen de gracejo, y tuvieron éxito en su tiempo.

Se hallaba nuestro poeta con su madre y hermanos en una casita situada á inmediaciones del Pantano de Vargas, cuando se libró allí la famosa batalla del 25 de Julio de 1819. El Sr. ORTIZ, niño de cinco años, recibió en aquel día una impresión que ni la distancia ni el tiempo fueron jamás poderosos á borrarle de la memoria, y germen del acendrado patriotismo y entusiasmo ardiente por la independencia colombiana, que eran uno de los más nobles y marcados caracteres de su alma.

El señor don Marcelino Menéndez y Pelayo, en uno de los prólogos de la *Antología de poetas hispano-americanos*, trae erudito estudio crítico sobre el señor ORTIZ. Sea esta la ocasión de tributar al insigne literato, gloria purísima de España, homenaje de gratitud por haber dado á conocer las obras maestras de los ingenios colombianos y haberlos juzgado con amplio, generoso criterio. No llevará á mal el señor Menéndez que espiguemos en su campo ubérrimo, ni tampoco que, haciendo uso del *In dubiis libertas* que él preconiza, nos le separemos en alguna apreciación de pormenor.

Llama á ORTIZ "naturaleza algo contradictoria en todo, idólatra de Bolívar y enemigo del espíritu de la revolución americana." El espíritu de nuestro movimiento de emancipación fue anhelo de vida propia sin dependencia de España, amor á la forma republicana de gobierno, deseo de más amplias libertades civiles. ORTIZ siempre celebró nuestra independencia, aunque no cayó en la vulgar y gitanesca tentación de insultar á la madre patria, acreedora á honda gratitud por los beneficios que hizo á nuestra tierra durante su menor edad; fue ORTIZ republicano de corazón, sin desfallecimiento ni veleidades; y, en punto á libertades políticas, las quiso todas, sin más límites que los señalados por doctrina de la Iglesia. Amó, pues, amó lo que nos dio Bolívar, y fue idólatra, lógicamente, del Libertador y de su espíritu.

La revolución americana no tuvo tendencias hostiles á la Iglesia. Verdad es que los errores regalistas y volterianos que privaban en España nos invadieron por acá, aunque no tuvieron la misma boga que en la Península; pero la mayoría de nuestros próceres fueron sinceros católicos, y sus creencias palpitan en todos los documentos que nos dejaron, desde el acta del 20 de Julio hasta la proclamación del código fundamental de Co-

lombia. Si en Europa es raro todavía hallar republicanos católicos, sin ribetes del liberalismo teológico que reprueba la Iglesia, en cambio forman ellos, de setenta años acá, mayoría en las naciones hispano-americanas.

Pasada la borrasca de la guerra, el señor ORTIZ fue enviado por sus padres al Colegio de San Bartolomé, que compartía con el de Nuestra Señora del Rosario la gloria de educar la juventud de la patria. La variedad con que el espíritu cristiano embellece cuanto toca, había hecho á los dos claustros gloriosísimos hermanos en lo esencial, émulos en lo secundario. Durante la Colonia el uno se gloriaba con las enseñanzas suaristas, con las tomistas el otro. Muerta aquella escolástica decadente, que más tarde había de resucitar con nueva juventud, los dos colegios conservaron carácter distinto en tiempo de la patria. Más aristocrático el Rosario, más popular y accesible San Bartolomé; aquél guardador de la tradición; éste abierto á las mudanzas, rivalizaban en méritos y glorias. Uno había formado sabios como Caldas, abogados como Camilo Torres, héroes como Girardot, arzobispos como Caycedo; el otro se ufanaba con tener por hijos á Santander, á Ricaurte, á Gómez Plata. Tales hombres se formaron sin libros de textos, mapas ni gabinetes; con la enseñanza oral dada generosamente y recibida con avidez, en colegios amplísimos, con historia, tradiciones, autonomía y carácter propio. No había venido la democrática nivelación á convertir á San Bartolomé en una de las veinte y tantas universidades (!) de Provincia, y al Rosario en sucursal suya; no se había inventado el maldecido molde llamado *Plan de estudios* que entecó parte de la juventud granadina; no se había resuelto que la *Ideología* de Tracy sería por sesenta años la última palabra de la sabiduría humana.

En San Bartolomé hizo ORTIZ sus estudios de humanidades, ciencias políticas y jurisprudencia; pero ni quiso recibir el grado de doctor, ni ejerció nunca la profesión de abogado. Le acaeció lo que ha sucedido después á muchos compatriotas distinguidos: malbaratan los mejores años de la mocedad en estudios para los cuales no tienen vocación ni gusto; y, después de cursar medicina ó jurisprudencia, vienen á consagrarse á tareas que no se ligan con sus conocimientos universitarios. En el caso de que que venimos tratando, las Musas, y no Temis, atraían á

ORTIZ con fuerza irresistible. Cedió al dulce influjo; y apenas salido del colegio principió á cultivar la poesía, que tan alto puesto había de conquistarle entre los hombres de la patria colombiana.

Por los años de 1841, el señor ORTIZ contrajo matrimonio con la señorita doña Juliana Malo y Ortega, también de raza de próceres, como que estaba emparentada con los Generales Nariño y Ortega. La noble matrona, hoy viuda de ORTIZ, supo hacerlo dichoso, porque lo amó con cristiano cariño, y llevó al hogar aquel tino para la práctica, aquel cuidado de los pormenores que suelen faltar á los poetas, moradores de las regiones de la fantasía.

### III

Colombia la grande, así como sus guerreros y hombres de Estado, tuvo también vates dignos de cantarla; Bello y Olmedo, soles de nuestro cielo literario; y al rededor de ellos brillante constelación de astros de segunda magnitud. Los poetas granadinos se afiliaron á la escuela pseudo-clásica francesa, representada en España por Iriarte y los Moratines. El hombre tiene tal necesidad de obedecer, que cuando rompe una cadena se ata involuntariamente con otra; y nuestros padres, al negar en lo político homenaje á los reyes de España, se lo juraron á las estrechas y convencionales reglas de Boileau. Escribían fábulas políticas, imitando el corte de las de Samaniego, pero no con el arte exquisito de quien aplica á la enseñanza de los hombres las costumbres naturales de los brutos, sino fingiendo un pájaro que nombra *Libertador* al gato y se deja devorar por él; ó un perro que *liberta* primero y se come después un trozo de cecina. Hacían tragedias con tres unidades y coros, en que los caciques indígenas remedaban á los griegos falsos y contrahechos de Racine y Voltaire; comedias en endecasílabos pareados; odas terminadas en epitafios. Entre los literatos de aquel tiempo descuellan Vargas Tejada, tan inteligente como infortunado; Fernández Madrid, diplomático al par que poeta, y don Andrés Marroquín, el más atildado y de mejor gusto de los es-

critores en verso de aquella época, y á quien no se mira hoy con toda la estimación que se merece (1).

Rota la unidad de Colombia, tocaba á la Nueva Granada formarse una generación literaria que velara por las glorias intelectuales de la nueva república. Aparecieron entonces en nuestro suelo, y levantaron á grande altura la poesía y las letras granadinas, don José Eusebio Caro y don JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ; y es de notar que, mientras los poetas de la época anterior se afiliaron, como queda observado, á la escuela fría de Moratín y Meléndez, y los de tiempos posteriores se dejaron contagiar de la fiebre romántica, Caro y ORTIZ, sin tocar en vituperables excesos, se mantuvieron con noble independencia dentro de los límites del buen gusto. Del primero ha dicho Rafael Pombo que

El como el sol se iluminaba él mismo;

y el segundo, aunque de la escuela de Quintana, como veremos luego, tiene personalidad literaria muy marcada, y es tan original como lo son siempre los grandes poetas, siquiera se afilen á determinada escuela.

Al hacer don Miguel Antonio Caro el elogio de Bello lo compara á don Alberto Lista, por las cualidades personales, por lo universal de los conocimientos de ambos, y sobre todo, por la influencia que ejercieron, uno en América, otro en España, sobre la juventud estudiosa, y por su gloria como maestros de una generación entera de literatos y poetas.

¡Noble y hermoso y santo es el magisterio! No tanto el reglamentario y oficinesco, de ceño fruncido y férula en la mano, de lecciones aprendidas de memoria y registradas en los cuadros, de librito de texto, de regaños por diez meses y de novelas iluminadas otorgadas como premio el último día; de tedio del maestro y de concentrado rencor del discípulo; sino el magisterio amplio que cuenta alumnos entre todos los jóvenes de una ciudad y aun de un país; el que hace al profesor amigo pre-

(1) El señor Menéndez y Pelayo, al juzgar á Madrid, es cruelmente duro. Parece como si hubiera sido contemporáneo suyo, y le hubiera tenido odio personal. No menciona siquiera á D. Andrés Marroquín.

dilecto de sus educandos; le obliga á hacerse niño con los niños, mozo con los mozos; se ejerce menos desde la cátedra que en las pláticas familiares; no lleva orden fijo, pasa de una noción útil á otra provechosa también; enseña filosofía á propósito de física; filología con ocasión de un término geográfico; moral cristiana y elevación de carácter y amor al arte y culto por la verdad en todo tiempo y con pretexto de todo, pero sin pedantería ni aires de dómine, y predicando mucho más con ejemplos que con palabras. Confiere la regia paternidad del espíritu, tan superior á la de la carne. Hoy, en nuestra republicana sociedad, raros saben cómo se llaman sus ascendientes en el siglo XVII; y miles de colombianos aman á Fray Cristóbal de Torres, conocen su vida, conservándole imperecedera gratitud, y se reconocen como sus protegidos é hijos de adopción. Así entendió y puso por obra el magisterio el Director del Colegio de San Mateo; así el Rector de la Universidad de Santiago; y don JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ puede compararse con entrambos.

Al comenzar la segunda mitad de este siglo, se había producido en las letras granadinas lamentable extravío. Asumió el Gobierno el oficio de doctor y lo quiso reglamentar y uniformar todo según principios utópicos *à priori*, y se puso olvido de las lenguas y literaturas clásicas, á tiempo que nos invadió de España el romanticismo desbocado de Zorrilla y Espronceda. Un grupo de jóvenes, dotados de imaginación y talento pero no contenidos por el freno de educación clásica, y seducidos por el brillante ropaje de los autores del *Diablo Mundo* y el *Capitán Montoya*, se habían lanzado con más ímpetu que debieran por las sendas de una literatura en que, sin las cualidades de los maestros, aparecerían abultados sus defectos.

Los jesuitas habían empezado, es cierto, á difundir el gusto por los estudios clásicos, y habían educado discípulos como José Telésforo Paúl, después arzobispo de Bogotá; Mario Valenzuela, notable poeta, hoy miembro de la Compañía de Jesús; Diego Fallon, Ilrico insigne, y también músico é ingeniero; José María Vergara y Vergara y Carlos Holguín, cuyas muertes deploran los amantes de las glorias nacionales. Pero los jesuitas salieron expulsados del país, y la labor comenzada habría fracasado por entero si ORTIZ no hubiera fundado su famoso cole-

gio *El Instituto de Cristo* (1). Empezó allí á educar una generación de literatos. Como alguno de sus discípulos mostrara mediana disposición para las letras, el señor ORTIZ lo estimulaba hasta hacer de él un buen pensador ó un poeta distinguido. No paró allí su magisterio. Amén de que enseñó en los colegios de la capital hasta rendir la vida, fue protector de cuantos, al empezar carrera literaria ó artística, hubieron menester su patrocinio.

Al aparecer don José Caicedo Rojas en nuestro Parnaso, el señor ORTIZ se apresuró á saludarlo:

Salud al nuevo bardo que se eleva,  
Pulsando el arpa con robusta mano,  
Y que en su frente radiosa lleva  
Auréola de brillo soberano.

Y dirigió años más tarde, al señor don Rafael Pombo, que había empezado su carrera triunfal, una composición en que le invita á cantar, y le ofrece como asunto cuanto grande puede inspirar la naturaleza y la virtud:

Poeta, ¡es tuyo el universo entero!  
¡Míralo cuán hermoso y placentero  
Ostenta sus encantos ante ti!

El Ilustrísimo señor don Rafael Celedón, obispo de Santa-marta, y el padre Mario Valenzuela, se complacen en reconocer que á los estímulos del señor ORTIZ deben en mucha parte el éxito de su vida literaria; é igual confesión hace nuestro compatriota don Belisario Peña, el autor de la *Elegía á Ortiz Barre-ra*, que tan alto lugar ha conquistado entre los poetas america-

(1) Se estableció en 1852, y sólo duró tres años, porque vino á interrumpirlo la rebelión atroz de 1854. El señor Menéndez y Pelayo dice que ORTIZ era "partidario de la absurda ojeriza del abate Gaume contra los estudios clásicos." El eminente crítico español puede haber fundado su juicio en alguna inscripcón hecha en *La Caridad*, de trozos tradicionalistas; ó en alguna frase escapada de la pluma de ORTIZ en el coraje y despechos de la polémica religiosa. Pero los que le tratámos de cerca podemos dar testimonio de que era amiguísimo de la educación clásica, de que aconsejaba tales estudios á los mozos, y propendió por aclimatarlos en el país.

nos. Don Ricardo Carrasquilla llegó desconocido, oscuro, ignorante de sus propias fuerzas, como catedrático al Instituto de Cristo, y á poder del cariño del señor ORTIZ salió á ser poeta regocijado y discreto, orador de alta inspiración, apologista católico y formador de varias generaciones de hombres buenos.

El maestro no despreciaba medio alguno de sana propaganda. Carecía la Nueva Granada de un instituto donde los cultivadores de las letras encontrarán aliento para sus empresas, crítica ilustrada para sus publicaciones, y que favoreciera el desarrollo de la literatura nacional. Tocó al señor ORTIZ la gloria de crear *El Liceo Granadino*, instituto puramente literario, abierto á los ingenios de todo partido político. Se instaló el 20 de Julio de 1856, en el salón de grados de la universidad. Adornaban el local banderas granadinas entrelazadas con los viejos estandartes castellanos, trofeos de la guerra de independencia. A los lados del solio en que presidía la sesión el doctor Mallarino, Vicepresidente de la República, acompañado de los señores don Joaquín Mosquera y don Lino de Pombo, se veían dos bustos, uno de Bolívar y otro de Santander. Llenaban el salón cuantos hombres figuraban entonces en la política, la guerra, la literatura, el arte y la ciencia; y en las galerías y tribunas presenciaba la fiesta lo más escogido entre las señoras bogotanas.

Luégo que la música cesó, subió el señor ORTIZ á la tribuna, y con voz al principio trémula, siempre alta, conmovedora, solemne, recitó una oda á Colombia, en que cantó cuanto era caro á su alma: religión, patria, familia; y cuando terminó con galante alusión á las damas, propia del carácter del poeta:

Al universo absorto  
Mostrad en vuestras frentes  
Sin las sangrientas manchas del combate,  
El laurel con que ciñen generosas  
Las sienas del ingenio  
Las señoras del mundo, las hermosas,

un aplauso unánime y prolongado llenó los ámbitos de la sala. Cerca de cuarenta años han pasado de entonces acá, y los de la nueva generación hemos podido oír de boca de los que presenciaron aquel acto solemne, todos los pormenores transcritos.

¡Tan vivo se grabó el recuerdo de aquella fiesta en su memoria!

Al magisterio oral, unió ORTIZ el escrito. Publicar una obra literaria en Europa, donde toda facilidad abunda, donde un buen libro da á su autor honra y provecho juntamente, no es tanto mérito; pero emprender con ello en nuestro país, donde los sacerdotes de las musas, según la donairosa expresión de Marroquín, costean de su peculio el incienso que queman al pie de sus altares, sí es faena laudable sobre toda ponderación; y ORTIZ es, entre los literatos nuestros, acaso el que publicó mayor número de libros (1).

Si pasamos, mejor dirla, si descendemos al periódico, no encontramos á ORTIZ menos fecundo y laborioso. No pudo, ni quiso aunque pudiera, substraerse á las luchas ardientes del periodismo político y religioso. ¿Ni quién escapa en América de semejante tentación, por más que sepa que el diario va á quitarle el tiempo del estudio, á privarlo del indispensable auxilio de la lima, y á hacerle malgastar el ingenio en asuntos volanderos que hoy son y mañana no parecen? ORTIZ fundó, en asocio de los Caros, el primer periódico literario que apareció en Nueva Granada, titulado *La Estrella Nacional*. Estableció, en 1848, *El Conservador*, y años después *El Porvenir*. No habrá habido publicación católica de medio siglo acá en que no haya artículos ó versos suyos. Pero su mayor título como periodista fue *La Caridad*—llamado más tarde *Correo de las Aldeas*,—semanario religioso que vivió—cosa inaudita entre nosotros—más de veinte

(1) Fuera de las obras que él escribió, y de que nablaremos luégo, citaremos estos libros compilados ó publicados por él: *El Parnaso Granadino* (1848), *El Liceo Granadino* (1856), *La Guirnalda* (2 volúmenes, 1855-1856), *Lecciones de Literatura Castellana* (1.<sup>a</sup> edición, 1866-2.<sup>a</sup> aumentada, 1879), *Lecturas Selectas* en prosa y verso (1880), *El Lector Colombiano* (1881), *El Libro del Estudiante*, tuvo siete ediciones: la primera es de Bogotá (1860). Hizo traducir y publicó el libro *Nuestra Señora de Lourdes*, de Enrique Laserre (1872); y fue editor de las Poesías Escogidas de José Eusebio Caro y de Vargas Tejada (1857). En los años de 1856 y 1872 compiló la *Corona Poética*, florilegio de poesías en honor de la Virgen, con motivo de la popular fiesta del 8 de Diciembre.

años, y que forma parte de la librería de toda familia cristiana; colección que encierra las más selectas producciones de su redactor y mucho de lo escogido de la literatura nacional.

## IV

Deciden de ordinario del carácter y modo de ser de un poeta los primeros modelos que le hayan servido en la juventud. Se nutrió desde temprano el señor ORTIZ con la miel de los clásicos latinos, y aprendió de ellos, especialmente de Virgilio, el buen gusto que no lo dejó extraviarse nunca entre la confusión de las escuelas literarias de moda. Adquirió más tarde con el conocimiento de los maestros italianos, sobre todo del Tasso, su poeta favorito, y de Manzoni, el verdadero lenguaje de las Musas. Entre los clásicos españoles antiguos fuéronle modelo Herrera y Rioja, y entre los modernos Quintana. En pos de él siguió, sin perder su individualidad literaria, el camino que ya habían trillado en América Olmedo y Heredia. Y entre cuantos intentaron en nuestra patria seguir las huellas del ilustre poeta español, sólo ORTIZ logró acercársele en unas cualidades y superarlo en otras (1).

Fuente también de inspiración para nuestro poeta son los libros sagrados: símiles, reminiscencias, y aun frases bíblicas, abundan en sus versos: las *lluvias de Dios*, las *muchas aguas* del torrente, y otros hebraísmos semejantes.

La poesía, como el hombre que la crea, consta de un cuerpo y alma; ó, como dice Aristóteles, de materia y energía. Como la materia es lo que hay de común en todos los cuerpos, y la energía lo que los diferencia y coloca en determinada especie, llamaremos cuerpo de la poesía lo que tiene de común con la expresión oral que no es ella; y alma lo que le da su naturaleza propia. Será, pues, materia del arte poética la idea, meramente intelectual y abstracta; y su energía, la forma que la

(1) Este concepto, tomado de mi estudio anterior, queda confirmado por estas palabras del señor Menéndez y Pelayo: "Capaz (ORTIZ) de elevarse en sus buenos momentos al nivel de Quintana, con animación no menos férvida y más juo de alma."

hace ser lo que es y la distingue de todo lo demás. Más aquí ha de entenderse por forma, no la mera estructura externa que acaricia el oído, sino el concepto interno de la mente que embellece las ideas, iluminándolas con la fantasía y calentándolas con los afectos.

Cosa semejante acontece con las demás artes bellas. En la escultura influye la materia; y el transparente mármol de Paros da á las estatuas de Fidias y Praxiteles duración por siglos, y añade morbidez y vida á la creación del artista. En la *ópera* ó drama lírico, el cuerpo es el libreto; el alma, la melodía, la armonía y la instrumentación. Pero así como sería preferible la *Piedad* de Miguel Angel modelada en greda á una figura rígida y tosca en mármol de Carrara; y vale más una partitura soberana con mal libreto, que un inspirado drama con música desacordada y pedestre, así en el poeta es mucho más deseable la forma que la idea.

No que se tenga el pensamiento en poco, ni que se profane el sagrado nombre de poesía dándole á combinaciones métricas sin fondo ni meollo. En tal caso serían obras poéticas los versos de la Gramática latina de Nebrija ó los catálogos rimados de la Ortografía de Marroquín:

Con *v* escribense válvula, vaca,  
Vanagloria, virola, vasija, etc.

ORTIZ vale más que por la abundancia y novedad de las ideas, por la forma *interna* que supo infundirles con el soplo de su alma; ya que la estructura externa no siempre puede presentarse por modelo. Sus asuntos, como lo observa justamente Menéndez y Pelayo, son limitados: la religión, la patria, el hogar y la muerte; y muy á menudo se repiten en composiciones análogas unos mismos pensamientos. Pero tenía, dice regiaménte el crítico español, "fantasía poderosa... sentimiento ardiente y profundo, elocuencia avasalladora, como que nacía de íntima convicción y sincero entusiasmo, grandeza en el plan, desarrollo progresivo y solemne, que tiene mucho de oratorio, sin dejar de ser esencialmente poético... Escribía con abundancia de corazón dominado por su asunto y ansioso de desarrollarlo hasta los últimos ápices, en inmensos períodos poéticos que se van

ensanchando como las ondas concéntricas que forma la piedra arrojada á un estanque.”

¡ Maravillosa comparación, mejor para darnos á conocer el estilo del poeta que cuatro páginas de análisis ! Eso es lo que se llama un crítico !

Raya á menudo el señor ORTIZ en grandilocuencia y majestad á la altura de Quintana :

Oír ansié tu trueno majestuoso,  
¡ Tremendo Tequendama ! Ansié sentarme  
A orillas de tu abismo pavoroso,  
Teniendo por dosel de parda nube  
El penacho que se alza por tu frente,  
Que, cual el polvo de la lid ardiente,  
En confundidos torbellinos sube.  
Quise también mezclar mi acento débil  
Al grande acento de tus muchas aguas,  
Y, respirando el aire de tu gloria,  
Enlazarla también con voz ferviente,  
Mi lira haciendo digna de memoria,  
Y arrojarla después á tu corriente.

.... Los ecos ensordecen y se cansan  
De repetir la horrisona armonía  
Que de ti suena en torno  
Cual si fueran los himnos de un triunfo;  
El águila asustada alza su vuelo.

Soberbio pensamiento poético el de aquella águila, que, al pasar sobre la catarata, levanta más el vuelo, como para escapar del vértigo del abismo. Pero, así como Rodrigo Caro debilitó el sublime pasaje bíblico,

Ante quien muda se postró la tierra,  
explicando que es la que ve la cuna del sol y la bañada por el mar gaditano; así ORTIZ convirtió el vuelo en vuelos, y añadió :

Por el éter brillante á las montañas  
Donde chillan hambrientos sus hijuelos.

No se eleva más Quintana en su oda *Al Mar* que ORTIZ en los pasajes copiados; así como no canta el vate español las glo-

rias del descubridor de la imprenta más alto que el poeta colombiano las del Libertador de América :

¡ Y qué cuando Bolívar  
Al través de los campos de la muerte,  
Llega por fin de donde el mar recibe  
Al Orinoco en amoroso abrazo,  
A la cima en que saca al firmamento  
Su frente de granizo el Chimborazo;  
Y derrama la vista abajo, y mira  
Cual salidas del bátrato profundo  
Cinco grandes naciones,  
Y, clamar pueda al fin, ebrio de gozo;  
¡ Gloria al Señor ! ¡ He libertado un mundo !

No conserva ORTIZ tanto como Quintana y Heredia la entonación altísima; pero, aun en los pasajes en que cae, es siempre fresco, espontáneo, sentido, y, por consiguiente, poeta. A cada paso, se escapa de la ciudad y huye al campo, y se impregna de rústico aroma.

El señor Menéndez y Pelayo, con exageración rayana en injusticia, le llama “uno de los poetas más desiguales que pueden encontrarse”; y añade: “Parece imposible tener á un tiempo tan prosaica y tan poética dicción, estilo tan puro y tan abandonado; tan bueno y tan mal oído.”

Lo de que ORTIZ sea “tan prosaico,” en ocasiones es punto harto complicado para dilucidarse en breve espacio, porque lo que deba llamarse prosa en unos versos es, en mucha parte, asunto de gusto y de escuela literaria. Cuanto tenga virtud de producir en el ánimo del lector ú oyente la emoción estética, es poético en literatura. Pensamientos hay que de suyo, y en cualesquiera términos que se enuncien, despiertan en el espíritu humano, la impresión de lo bello; pero lo general es que la causen pensamientos prosaicos en sí, pero hermoeados por la forma. No aduzco ejemplos, porque abundan en cualquier tratado elemental de retórica.

El problema se reduce, pues, á saber lo que es estructura prosaica. Tratadistas enamorados de la grandilocuencia y el artificio niegan el calificativo de poética á la frase que se emplee en el lenguaje familiar; pero todos los verdaderos clásicos, de Ho-

mero á Shakespeare, no temen los pensamientos comunes, ni hacen asco á las locuciones caseras; y son poetas, en tales pasajes, por la *callida iunctura* que enlaza ideas y palabras entre sí.

Con perdón del divino Herrera, ¿ á quién no empalaga—por más que el respeto humano impida á muchos confesarlo—la oda que empieza :

Cuando con resonante  
Rayo y furor del brazo impetuoso ?

Y, por el contrario, ¿ en qué está aquel hechizo de Fray Luis de León sino en la naturalidad y el candor de sus versos ?

“ Sólo Dios es grande.” ¿ Háse visto expresión más trivial y más en boca de todo buen cristiano ? Sin embargo, dicha por Massillon ante el cadáver de Luis XIV y en presencia de la corte, se reputa, y con razón, rasgo sublime.

Para declarar prosaico á un poeta, no basta mostrar versos y aun pasajes que lo sean, aislados y solos; es preciso que resulten prosa aun con los que los preceden y los siguen. En las odas de ORTIZ no hallo semejante cosa; y menos nada que autorice el demostrativo “ *tan*,” del crítico español. Como en estos particulares el gusto entra por mucho, y el señor Menéndez y Pelayo lo tiene exquisito, posible es que yo ande ofuscado. Mas también, en odas patrióticas, ¿ no se explica que hagan vibrar el alma de un americano y dejen insensible la de un europeo ? Los extranjeros que viajan por la Península se asombran del tono con que dicen los españoles “ la patria de Cervantes ”; y de la énfasis con que reclaman por suyas las hazañas de Sagunto y Numancia. A su turno, á los españoles castizos los empalaga atrozmente oír á sus vecinos hablar de “ la hija primogénita de la Iglesia,” de la “ patria de San Luis y Juana de Arco,” ó de “ las conquistas de 1789.”

No hay mal oído en ORTIZ. Solía juntar las vocales llenas en una sola sílaba, haciendo indebida sinéresis, porque así se habla en Colombia. Pero tal vez no hay en nuestro poeta un renglón como este de Bello :

Va la razón al triunfal carro atada.

Lo que sí es cierto es que “ ORTIZ no sabía borrar ”; y que “ nunca hubo artista menos preocupado de su arte, y por esto es

más de admirar que sean tantos y tan frecuentes sus aciertos.” Quintana y Heredia casi nunca descienden, subyugan el entendimiento y acaloran la imaginación del lector; pero no saben, por lo general, despertarle el sentimiento. ORTIZ describe á la monja desterrada, en pie sobre la popa del navío, donde

De sus miembros en torno el viento azota  
Combas formando el áspero sayal,

con la mirada fija en la línea azulada que forman en el remoto horizonte las costas de la patria próximas á desaparecer; y pone en sus labios esta súplica dirigida á las fugaces golondrinas que enderezan el vuelo á los playas colombianas :

¡ Oh volad ! y llegando finalmente,  
Al través de la negra tempestad,  
Bajo el ala del Padre Omnipotente,  
Con la primera luz del sol naciente,  
Al profanado asilo  
Donde pasaba mi vivir tranquilo  
¡ De mi celda en la reja gorjead !

Súplica á un tiempo tierna y sumamente delicada, como rara vez se halla en poetas que se distinguen por la sublimidad y la grandeza (1).

El príncipe de los actuales críticos colombianos, al dar cuenta de la aparición del tomo de poesías escogidas, de ORTIZ (2), dice :

“ En el género descriptivo, al par que meditativo y melancólico de Rodrigo Caro y de Francisco de Rioja, género más difícil á nuestro juicio y más poético que el de las odas académicas, las dos poesías del señor ORTIZ *A una mirra* y *La golondrina* (publicadas en otra época bajo el seudónimo *José Nigreros*) son preciosas y acaso las que más nos gustan en la colección. Refiriéndose á la mirra describe así el vuelo del ave prisionera que recobra su libertad :

(1) El señor don Miguel Antonio Caro tradujo en elegantes disticos latinos *La Monja Desterrada*.

(2) M. A. Caro. *El Repertorio Colombiano*. Tomo V, pág. 224.

Dios te bendiga, Julia, pues piadosa  
 La estrecha jaula abriste  
 A la avecilla triste,  
 Mírala cómo pártela acelerada,  
 Mírala cómo luego fatigada  
 En ese árbol reposa,  
 Compone allí la pluma...  
 Vuela y es para siempre!

“Este final sin rima es una disonancia felicísima, por su vaguedad y melancolía. Al describir la fuga de la golondrina, el poeta emplea, por el contrario, un final fuertemente rimado, menos sentido, pero más pintoresco, y en esto ostenta la riqueza de sus recursos rítmicos:

Una, y fue la postrera.  
 Infeliz prisionera  
 Con dolorido pío  
 Enterneció mi alma,  
 Y de repente dije:  
 Pobre! vuelva á su campo! Y al momento  
 Abrí la débil palma  
 Y ella rasgó precipitada al viento.

“Bastarían estos dos cuadritos para dar pasaporte á la inmortalidad (1).”

Como poeta descriptivo ORTIZ se asemeja á BELLO, y como él, es discípulo de Virgilio. Su obra maestra en este género son *Los Colonos*. Aquí tiene el mérito especial de haber comprendido que la patria es una, al través de todas las vicisitudes, en el espacio y en el tiempo. Inglaterra tiene por suyos á los reyes anglos, á los sajones y á los normandos; España se ufana con las hazañas de los moradores de la Península, antes de conquistada por los romanos; se enorgullecen los franceses con Vercingétorix como con Carlomagno; con la doncella de Orleans como con Napoleón I. Sólo los suramericanos empezamos nuestra historia y conmemoramos nuestros timbres de 1810 para acá.

(1) El Sr. Menéndez y Pelayo es de opuesto parecer. “En la poesía de sentimiento, dice, quiere Ortiz ser familiar, y resulta demasiado casero, como todos los poetas llamados de hogar.”

No lo entendió así ORTIZ, y en la oda á *Los Colonos* celebró la civilización de estas comarcas por los conquistadores y los misioneros, con viva exactitud descriptiva y fuerte colorido americano:

Y mirad más acá, cuál va inclinado  
 Bajo el fecundo arado  
 El toro, padre de la grey; el seno  
 De la tierra rompiéndose negrea,  
 Y la que antes espada destructora,  
 Resplandeció ominosa en la pelea.  
 Ora en reja cambiada  
 Entre los grandes surcos centellea;  
 Y ese que hoy, labrador, ayer guerrero,  
 El mar cruzó trayendo el rubio grano,  
 Que, derramado en la era,  
 Dará abundancia á la Colonia entera.  
 Después verá doblándose á los soplos  
 Del favonio suave  
 La frágil caña con la espina grave;  
 Otro la carga llevará al molino,  
 Y entre el fragor del agua despeñada,  
 En el estrecho cauce atormentada  
 Do se cambia en espuma cristalina,  
 Recogerá, saliendo en breves ondas,  
 El blanco río de menuda harina.

Esta descripción bellísima, que recuerda, en los primeros versos, aquello de Virgilio:

*Incipiat iam tum mihi taurus aratro  
 Ingemere, et sulco attritus splendescere vomer,*

sería prohijada con gusto por el autor de las *Selvas americanas*, á quien ORTIZ le tomó el *múrce tirio* para el clavel, y la pintura del incendio del descuajado bosque.

En la colección de nuestro poeta no hay versos eróticos y jamás cantó, como otros autores, por el gusto de cantar, sino para dar salida á los afectos de su alma, y nunca acarició amores profanos; y aun el afecto á la que fue su esposa no tuvo las contrariedades que aguijan la pasión y la traducen en poesía.

Toda la de ORTIZ está impregnada, vivificada, ennoblecida por la religión. Tal es el secreto principal de su mérito altísimo.

mo. Poesía es la aspiración á lo infinito, poesía es amor, poesía es hermosura soberana; y Dios es la infinidad misma, y es caridad sustancial, y belleza sin límites, y religión es aspiración á Dios, y religión cristiana es la posesión real de Dios, cuanto es posible en este mundo de miserias. Cimentase la religión en la fe; visión del alma, que traspasa las lindes del universo sensible y permite conocer el mundo del espíritu y morar en él; que lleva al hombre á vivir por un instante en la inmutable duración de lo eterno. Todo gran poeta es religioso, desde Homero hasta Manzoni; los que no lo son, lo fingen como Lamartine; y los que repudian la religión, como Leopardi, son poetas del dolor y las tinieblas, y por lo mismo testimonios vivos de que la fe es la luz y bienandanza.

No es la religión fuente de poesía sino para quien de corazón cree en sus dogmas y cumple sus preceptos, y anda por sus caminos y vive de su espíritu. El nombre de Cristo en boca de versificador racionalista, el recuerdo del Calvario en la de rimador sensual y epicúreo, suenan á profanación, casi á blasfemia.

No así nuestro poeta: él ve, siente á Dios y sus verdades en la naturaleza, en la patria, en el hogar, en la gloria, en la muerte. La bandera colombiana es jirón del iris, otorgado por Dios á Bolívar como prenda de éxito en el providencial encargo de redimir un continente. Colón fue llamado del cielo cuando el Creador determinó

Dar una muestra de su amor profundo  
Mostrando al viejo mundo  
Este, hasta allí, velado paraíso.

Si describe las costumbres de los pajarillos, dice que la bandada

Cual en un gran palacio prevenido  
Por el Dios bondadoso  
Sobre un árbol copudo abate el vuelo.

En el campo de Boyacá, se duele de que no queden reliquias del combate:

Las cruces de madera  
Con que la religión honró las tumbas,  
Cayeron.

Para no multiplicar los ejemplos, pues sería caso de transcribir la colección entera.

La forma métrica predilecta del señor ORTIZ fue la silva, como la más acomodada á su largo y majestuoso período y á su vuelo de águila; cuando adoptó estrofas regulares, no acudió por lo común á la octava de Tasso, ni al terceto de la *Epístola moral*, ni á las clásicas liras de Fray Luis de León: prefería en tales casos estrofas románticas, con versos agudos, como la citada arriba, de la *Monja desterrada*. Ni es esta la concesión única que, en medio de un buen gusto, le hizo el señor ORTIZ á la escuela literaria moderna. *El Repertorio Colombiano* notó ya "la mezcla feliz y muy agradable de reminiscencias de estilo clásico, y de neologismos románticos de buen tono que se observa en las composiciones de nuestro poeta" (1).

## V

Falta aún por contemplar la faz más interesante de su vida. Composiciones poéticas, artículos literarios, esfuerzos en pro del buen gusto, no fueron sino descanso á más graves tareas; y la

(1) La primera colección de sus poesías (ensayos de joven) se publicó en Cartagena, en 1834, con el título de *Mis horas de descanso*. Allí no está todavía, aunque ya se anuncia el poeta. Un ejemplar he visto en la Biblioteca Nacional (1834. Pág. 142. Sin indicación de imprenta). La otra colección, no completa, *Poesías de José Joaquín Ortiz*, es de 1880. En *La Caridad* se publicó *El Hijo pródigo*, proverbio bíblico. El ensayo de tragedia *Sulma*, forma parte de la primera colección. Una novelita *Marta Dolores*, de escaso mérito, apareció en *La Biblioteca popular*, de Jorge Roa.

Toda la vida acarició ORTIZ la idea de un poema de largo aliento, titulado *Colón*, y escribió considerables fragmentos que conozco. La obra, ó mejor dicho, el bosquejo de la obra, se quedó inconcluso, y los fragmentos están inéditos. Del poema *Yopalín* no sé sino el título. De los *Cantos de la patria* forman partes varias de las composiciones de la primera parte de las *Poesías*. En sus últimos años emprendió un poema llamado *Peregrinación*, especie de autobiografía poética. De él forma parte *La Última Luz*. También quedó inconcluso. ORTIZ era lector correctísimo y lleno de vida; y cuando fue preciso, orador de verdadera elocuencia.

vida entera de ORTIZ estuvo consagrada íntegramente á la defensa de la causa católica en Colombia.

No sobresale tanto como don José Manuel Groot, por la fuerza del raciocinio, ni como don Juan Antonio Marroquín, por la erudición teológica, pero los vence á todos en brillo, en calor, en atractivo. Sus artículos de polémica son odas en prosa; pero odas de un nervio, de una vehemencia desconocidas de sus poesías. Como poeta pertenece á una escuela literaria; como prosador á nadie se parece. Quizá en ciertas descripciones tiene algo de Chateaubriand; en ciertos arranques, algo de Donoso Cortés; fuera de esto, es acaso el más original, el de estilo más propio entre los escritores colombianos.

No era ORTIZ el polemista diplomático y mañoso que aguarda paciente el instante propicio para imbestir al adversario; que calla aunque tenga razón, cuando lo juzga preciso, y que elogia ó ataca, según las circunstancias; era antes el ardoroso combatiente que, á semejanza de nuestros soldados llaneros, se arroja sobre el enemigo sin contar el número ni calcular las probabilidades del triunfo. Era, por la ortodoxia inquebrantable y por el ardor en la lucha, ya que no por las ideas políticas ni por el estilo literario, semejante á Veuillot en Francia, ó en España á Nocedal.

Como muestra de su prosa y manera, vaya la descripción que hizo en *El Pueblo* de la expulsión de las monjas:

Nosotros presenciámos este doloroso espectáculo. Las religiosas habían abandonado ya sus pobres celdillas, y se habían refugiado al coro, cerca de los altares de Dios. Así, cuando en una noche de invierno, en que se ocultan todas las estrellas del cielo, el lobo, acosado de una hambre de largos días, rodea el redil en que están encerradas las tímidas ovejas, éstas se agrupan palpitantes al paraje que tienen por más seguro; así también cuando la tempestad despliega sus furores, las palomas que vagan por el campo vuelan á guarecerse del empuje del huracán en el hueco de una peña, ó en las ventanas elevadas de una torre solitaria.

El paso de los soldados retumbó sordamente sobre las baldosas del templo, y el ruido de sus armas resonó con un eco siniestro, cuando rodeaban á las religiosas. Estas permanecían de hinojos delante del Dios Fuerte y Misericordioso que sometía á pruebas tan dolorosas á sus escogidas. De cuándo en cuándo se escuchaba un sollozo mal ahogado que rompía este funesto silencio.... los soldados mismos, volviendo la cara hacia la pared, lloraban. El tiempo instaba entre tanto: era ur-

gente echar fuera de su casa y de su templo á las dueñas de la casa y del templo....

En medio del silencio de las lágrimas se oyó de repente una voz ronca: era la orden de marcha!

Hubo luego un tumulto; todos se movieron: los circunstantes, los soldados, las religiosas.

La superiora del convento, venerable matrona por su edad y su virtud, puesta en pie dirigió con acento firme, lleno de unción, como que partía del fondo mismo del alma, estas palabras al pequeño rebaño que la rodeaba: "Hijas, bebamos una parte del amargo cáliz que Jesucristo bebió por nosotras; y pidámosle que envíe á nuestros enemigos tantas gracias como lágrimas derramamos al abandonar este asilo."

Las religiosas marchaban de dos en dos: una de ellas llevaba á la cabeza de la fila, alzado al aire, un crucifijo. Rechinaron los cerrojos de las pesadas puertas que ellas no pensaron atravesar jamás; y á medida que iban saliendo se postraban para adorar el Sacramento y se alzaban después repitiendo lentamente el salmo del dolor y del arrepentimiento: *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam!*

Y á medida que salvaban el umbral de la puerta del templo, se inclinaban á besar las sagradas piedras del quicio, por humildad y por amor y como postrera despedida (1).

En 1885 se produjo en el país una de las más maravillosas transformaciones políticas. Un egregio estadista, de antecedentes liberales y escépticos, al debelar una revolución contra su gobierno, llevó á cabo la idea, de tiempo atrás por él acariciada, de reconstituir la República sobre los principios católicos y conservadores. El señor ORTIZ vio de repente caducada la constitución de 1863, combatida por él sin tregua; á la Iglesia oficialmente proclamada madre fecunda de la civilización; á Dios aclamado fuente suprema de toda autoridad; leyó el concordato celebrado con la Santa Sede; contempló los viejos colegios informados por la doctrina de Santo Tomás y Suárez y dirigi-

(1) Las obras religiosas del Sr. ORTIZ son: *Cartas de un sacerdote católico al Redactor de "El Neogranadino"* (1857), el mejor de sus escritos en prosa, dice Menéndez y Pelayo. *El Pueblo* (1863), tremenda acusación al dictador Mosquera, de que se vendió en Bogotá, en pocas horas, una edición de 4,000 ejemplares. *Las Sirenas*, refutación de Bentham (París, sin fecha). *Testimonio de la historia y la filosofía acerca de la divinidad de Jesucristo* (1855). *O todo ó nada*, contra los términos medios en religión (1880).

dos bajo la vigilancia de la Iglesia; al clero rodeado de honor, al representante del Papa como decano del Cuerpo Diplomático; los jesuitas establecidos en el país, las misiones entre los salvajes prontas á florecer de nuevo.

Las almas grandes saben pasar de la prosperidad al infortunio sin quejarse ni desfallecer; pero suelen desconcertarse con el tránsito de la lucha al reposo de la victoria. Duro es para el viejo general dejar ociosa la espada gloriosísima, para vivir en la inacción que sigue al triunfo. Y si úno ha acariciado la ilusión de que el nuevo orden de cosas ha de enlazarse sin solución de continuidad con otros tiempos que fueron; y que la nación pasará de la enfermedad á la salud sin los achaques de la convalecencia; y que los partidarios de la sana doctrina serán todos perfectos como ella; y el ideal no se realiza como lo tenía guardado la mente, entonces se explica que el dolor del desengaño nazca en el pecho del anciano poeta cargado de méritos y gloria.

En sus últimos años, el cantor excelso se vio envuelto en la prosa de las luchas políticas; el batallador de la causa de Cristo en lid con sus antiguos conmitones. Gustó acíbar y hiel en los postreros trances de su vida, y nos dejó nuevo elocuente ejemplo de que la política es escollo temible para las almas candorosas y fervientes.

Demasiado frescos están los dolorosos acontecimientos á que me refiero, para que sea dado narrarlos aquí; ni lo consentiría el carácter sagrado del escritor, ni el neutral en política militante de la *Revista Colombiana*. Hemos visto con los lectores la vida del poeta y del cristiano: terminemos con la relación de su muerte, más rica en enseñanzas saludables para los que la presenciaron que muchas predicaciones elocuentes.

La última enfermedad del señor ORTIZ le dejó el pleno uso de las facultades intelectuales. Cierta de su gravedad, vio venir la muerte, no sólo con la resignación del cristiano sino con la alegría del justo. Había peleado la buena batalla, guardado la fe, enseñado á muchos la justicia, nunca supo aborrecer, y los pobres le encontraron siempre abierta la mano y el bolsillo; no

sólo como socio de San Vicente de Paúl (1), sino como particular, siempre pobre para sí, siempre rico para dar con generosidad y largueza superior á la de acaudalados propietarios. Culpas tendría como todo hijo de Adán, y al recordarlas moribundo, lloraba con la sencillez de un niño y la compunción de un penitente. No había tenido mancha en su vida privada, y había educado su familia en el santo temor de Dios.

Circundado de los suyos, fortalecido con los sacramentos de la Iglesia, auxiliado por sacerdotes, unos de sus discípulos, otros sus protegidos, todos amigos suyos, rindió su hermosa alma á Dios el 14 de Febrero de 1892, abrazado del crucifijo, sin miedo, sin pesar, sin remordimientos ni congojas.

Al siguiente día se condujo el cadáver á la iglesia de San Francisco. ¡Cómo pintar el nunca visto espectáculo de aquel entierro! No lo emprenderé; será el poeta mismo quien nos lo describa. En *La última luz*, su canto del cisne, había dicho:

.... Un paño negro  
 Que el pavimento de la iglesia enlute;  
 El ataúd común que en la parroquia  
 A los pobres recoge, y cuatro cirios  
 Cuya luz vacilante  
 Caiga sobre el semblante  
 Del que finó, y las manos  
 Que páfamente abrazan y amorosas  
 La cruz del Redentor sobre su pecho....  
 Cubra mi cuerpo el manto  
 Del color de la páfida ceniza  
 Que en hombros de los hijos de Francisco  
 Ha recorrido el mundo  
 Llevando las ovejas descarriadas  
 Del Eterno Pastor al grande aprisco.  
 Oigase solamente encima de mi tumba  
 La voz del sacerdote  
 Que por misericordia y perdón clama,  
 Y llueva cual rocío refrescante  
 En campo erial de aridecida grama....

(1) Fue uno de los antiguos miembros de la benéfica Sociedad de San Vicente de Paúl, lo mejor que tenemos en su género. La presidió en varias ocasiones, y destinó, para ella, por varios años, los productos del periódico *La Caridad*.

Suba abundante incienso en blanca espira  
 Que las bóvedas llene ; y en contorno  
 Del enlutado fêretro, piadosas  
 Como sordo rumor del manso río  
 Que golpea á la orilla,  
 Resuenen muchas veces  
 Por perdón y clemencia  
 Al cielo alzadas doloridas preces.

Todo se hizo como lo había deseado : el cadáver, encerrado en modesto ataúd descubierto, yacía en el pavimento de la iglesia, con la mortaja franciscana. No más adorno que cuatro cirios : no más armonías que la salmodia, sin acompañamiento de música, alternada entre los frailes y clérigos presentes. Por únicos concurrentes sus amigos y admiradores, tántos, que colmaban la amplia nave. Profundo recogimiento, muchas preces sinceras, lágrimas silenciosas enjugadas á hurtadillas ; perfume de incienso en el ambiente, aroma de esperanza en las almas.

De su sepultura había dicho :

Oírse allí no debe  
 La voz pagana y triste :  
 “ ¡ La tierra te sea leve ! ”  
 Mas la del sacerdote,  
 Voz de resurrección y de esperanza  
 Que nos promete vida más dichosa :  
 “ ¡ Oh luzca sobre ti la luz perpetua,  
 Con los santos de Dios ; y en paz descansa ! ”

Tocó al autor de estas líneas decir al alma del poeta excelso, del humilde cristiano, ese último *Requiescat im pace*. Y regresó del campo santo recordando la postrimer estancia de *La Ultima luz* :

Y siempre ¡ oh Dios ! así, y años tras años,  
 Siglos tras siglos rodarán sus olas  
 Sobre la humilde tumba del poeta  
 Que en tiniebla, en silencio duerme á solas,  
 Hasta que le despierte  
 Del pavoroso sueño de la muerte  
 El ronco són de la final trompeta !

Una vida puesta al servicio de la fe y de la caridad bien está que termine con un acento de esperanza.